
*El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde*Cómo se perfilan

Si hiciéramos un cálculo a mano alzada —que, por supuesto, debe ser tomado con beneficio de inventario— no sería antojadizo concluir que 25 % de la población argentina en condiciones de votar premiaría, a ojos cerrados casi, a Cristina Fernández si ella finalmente fuese la candidata del Frente para la Victoria. Otro 25 % de ese mismo universo no desea escuchar siquiera el apellido Kirchner y votaría, pues, a cualquiera, excepción hecha de la actual presidente. Por fin, la restante mitad de los ciudadanos cavila, sin tener decidida cuál habrá de ser en octubre la decisión que adopte en el cuarto oscuro. Con esta particularidad, de momento favorable al oficialismo: mientras de un lado ese 50 % observa un equipo de gobierno, un plan con arreglo al cual administrar el país y un norte prefijado —que sean buenos, malos o desastrosos es otra cuestión—, si mira al arco opositor topa, de inmediato, con un abanico de presidenciables en pañales.

Cuánto tiene que ver lo expresado antes con las encuestas en donde Cristina Kirchner se halla cómodamente instalada en el primer puesto, bien lejos de sus más inmediatos perseguidores, resulta materia abierta a debate. Pero sería ridículo suponer que tamaña evidencia es neutra en el análisis electoral de la gente. Hoy, cuanto menos, parece consolidada la sensación de que el kirchnerismo sabe qué quiere mientras sus opugnadores continúan discutiendo —algunos hasta el hartazgo— temas que a nadie le interesan.

Basta un repaso sencillo, hecho a vuelo de pájaro, para demostrar hasta qué punto no hay exageración alguna en lo dicho. El llamado peronismo federal que, conforme transcurren las semanas, se va deshilachando sin remedio, es el de peor pronóstico. Muerto el santacruceño y alejado de sus filas —por voluntad propia— Carlos Reutemann, los disidentes justicialistas sufrieron un impacto que dio de lleno en su línea de flotación. Si frente a la adversidad hubiesen conseguido apretar las filas, renovar su compromiso de unidad y aguantar a pie firme el chubasco que les cayó encima sin aviso previo, hoy lucirían mejor. Como sucedió lo contrario, y la diáspora amenaza crecer, lo que queda es la voluntad infatigable de Eduardo Duhalde y las declaraciones altisonantes de quienes tienen medio cuerpo afuera —Felipe Solá y Mario Das Neves— y las de quienes nada arriesgan en la elección —los hermanos Rodríguez Saa.

Seamos honestos, no hay tal cosa como el peronismo federal. Cuanto se destaca es un conjunto heterogéneo de caciques —los más de ellos sin demasiados indios dispuestos a seguirlos— que buscan desesperadamente un lugar bajo el sol. No todos calzan los mismos puntos, claro. Seriamente nadie puede imaginarse a Solá, Das Neves o Rodríguez Saa en la Casa Rosada. Tampoco ganando una interna, si acaso fuesen de la partida. El único con cierto peso específico y en condiciones, llegado el momento, de negociar un acuerdo estratégico con Mauricio Macri, es Eduardo Duhalde.

Si los comicios presidenciales se substanciaran en febrero, el ex-gobernador de Buenos Aires carecería de los votos suficientes como para disputar la segunda vuelta. Duhalde lo sabe pero no deja de considerar —en lo cual lleva razón— que aún faltan ocho largos meses para elegir al sucesor de Cristina Fernández, y es de tal magnitud la volatilidad de la política argentina que desanimarse no tiene sentido. El reportaje que le dio hace cuatro semanas atrás a La Nación puso de manifiesto cuál es el espacio que aspira a ocupar: el del candidato del orden. Por eso Felipe Solá lo llamó “derechoso”, con la intención inequívoca de diferenciarse de su discurso.

Haber escogido ese lugar —que nadie reivindica— ha sido un acierto en un país donde todo está trastocado. El dilema que, tarde o temprano, deberá enfrentar el hombre de Lomas de Zamora no tiene nada que ver con sus potenciales adversarios del peronismo federal. Sencillamente porque ninguno de ellos mueve el amperímetro. Sí tiene que ver con el camino que tome el actual jefe de gobierno de la Capital Federal. Lo quieran o no, si Macri —como todo lo

hace prever— formaliza su vocación de participar de la puja electoral de octubre, tanto él como Duhalde en algún momento estarán obligados a sentarse y sellar una alianza.

Caben, pues, tres posibilidades. 1) que uno de ellos tenga tal diferencia en la intención de voto, respecto del otro, que se imponga sin necesidad de enfrentarse en una interna; 2) que no se saquen demasiadas ventajas en las encuestas y, por ende, sea menester acordar una fórmula a los efectos de resolver quién se baja de la candidatura, ó 3) que cualquiera sea la intención de voto de ambos, no haya posibilidad de acortar distancias y se presenten separados.

Macri no tiene todo el tiempo del mundo para decidirse. Cuanto más tarde, menos serán sus chances en octubre. Porque a los ya lanzados —Elisa Carrió, Pino Solanas y Eduardo Duhalde— le seguirán, a fines de abril, los radicales que han dejado en claro que no van a esperar al mes de agosto para homologar sus candidatos. Hacerlo supondría otorgarle a los demás —pero sobre todo a Cristina Fernández— una ventaja difícil de remontar.

El cálculo de Ricardo Alfonsín y, en menor medida, de Ernesto Sanz es que resulta fundamental ganar tiempo e instalar un nombre propio y un programa con la suficiente anticipación como para que prendan en la ciudadanía. Esperar sentados hasta agosto sería caer en la trampa que, en su oportunidad, les tendió Néstor Kirchner: obligarlos a tener paciencia y recién presentar sesenta días antes de los comicios a los candidatos. En agosto, en todo caso, cumplirán con una formalidad tan solo. En esa interna no aparecerá Julio Cobos. ¿Por qué? La razón es bastante lógica. El mendocino supone que, frente a Alfonsín y Sanz, hoy no tiene ninguna posibilidad de ganar. Piensa que distinta puede ser su suerte en agosto, aún cuando tampoco está seguro de qué camino tomar. Si el candidato radical vencedor en abril llegase con fuerza a las internas abiertas, Cobos se haría a un lado sin pensarlo dos veces.

¿Duda, por su parte, el ex-presidente de Boca Juniors? Si bien está convencido de que sería insoportable lidiar, cuatro años más, con una presidente que lo ha convertido en su principal enemigo, cree también que tiene todavía un margen de tiempo suficiente para decidir el curso a seguir. En su consideración —a semejanza de Duhalde— entra en juego la proverbial volatilidad que nos es característica.

A esta altura solo el lanzamiento de Reutemann o la aparición de Scioli podrían hacer que el *lord mayor* porteño reviese su actitud y buscara su reelección en Capital Federal. Por lo tanto, si

bien está mucho más inclinado a disputar los comicios presidenciales, no dirá *esta boca es mía* hasta fines de marzo o principios de abril. Salvo, que se precipiten los acontecimientos o se impongan quienes, en su derredor, insisten en la necesidad de adelantarse y ocupar los espacios que no pueden dejarse vacíos. El más enfático, en este sentido, es hoy el principal e indispensable aliado con el cual Macri deberá contar en octubre: Francisco de Narváez.

La relación Macri - De Narváez no ha sido fácil pero, tras no pocos tironeos, que deslucieron su victoria en las legislativas del 2009, han llegado a la conclusión de que o se unen y reflotan con bombos y platillos el *Acuerdo Pro* o se suicidan políticamente. Sin un peso pesado en la provincia de Buenos Aires la candidatura de Macri tendría la consistencia de un castillo de naipes. Sin un candidato presidencial en su boleta, la del *Colorado* no pasaría de ser una empresa testimonial.

La posición aparentemente más cómoda es la del oficialismo. En tanto el *operativo Clamor* no deja de crecer en torno de Cristina, la presidente se mantiene en silencio. Es la única que puede esperar inclusive hasta agosto, si la gestión de gobierno luciese bien, para hacer el anuncio esperado. La viuda de Kirchner no depende ni del peronismo ni de Scioli ni tampoco de sus competidores. Su suerte está supeditada al éxito de la administración del país y, por supuesto, como la de todos los demás, a los imponderables que revolotean sobre sus cabezas. Lo dicho no supone que vaya a tomarse seis meses más para formalizar su candidatura. Apunta, tan solo, a resaltar las ventajas que tiene en términos de tiempo sobre sus competidores. Conoce sus fortalezas —entre otras, estar instalada aunque no haya sido oficializada; manejar el tesoro nacional; contar con el aparato del PJ en todo el país y controlar la justicia electoral— pero no puede llamarse a engaño en cuanto a sus debilidades: la inflación que sigue su curso ascendente; los escándalos que a diario salpican su gestión y la inseguridad que nadie parece en condiciones de ponerle freno. Por esto mismo sólo ella sabe que pasos dará y si finalmente peleará por ser reelecta.

Han pasado apenas tres meses y unos días desde la desaparición de Néstor Kirchner y la situación ha cambiado desde entonces varias veces de manera vertiginosa. El 26 de octubre de 2010 el oficialismo no le ganaba a ninguno de sus adversarios en una eventual segunda vuelta. Dos días después Cristina Fernández hubiese sido reelecta en primera vuelta, fruto de una reacción

emocional masiva. El 18 de diciembre, cuando se desató la locura en el Parque Indoamericano, quedó demostrado que el efecto duelo y luto no bastaba para triunfar en octubre. ¿Qué no puede suceder en los próximos doscientos setenta días? Hasta la semana que viene.

Crecimiento chino, cuento argentino

Que los números de inflación del INDEC son una ficción es sabido hasta en la China. Pero lo curioso es que, pese a esta circunstancia, muchos medios supuestamente independientes insistan en convalidar las exorbitantes tasas de crecimiento que divulga el intervenido organismo oficial. Tanto más llamativo si tenemos en cuenta que la evolución del PBI surge de la combinación de los cambios en los precios y las variaciones en las cantidades. Esto significa que para un cierto incremento del producto bruto nominal (variable relativamente fácil de verificar), cuanto mayor haya sido el salto de los precios, menor será el de las cantidades. Esto significa que para un cierto incremento del producto bruto nominal (variable relativamente fácil de verificar), cuanto mayor haya sido el salto de los precios, menor será el de las cantidades. Y son justamente estas últimas las que nos informan sobre la marcha real de la actividad.

Queda claro, así, que si usamos números fraguados de inflación, el crecimiento al que arribaremos también será ficticio.

Eso es lo que ocurre con las estadísticas oficiales, que para el año 2010 arrojaban hasta octubre (último dato publicado hasta el momento) un crecimiento a lo chino, de nada menos que 8,9 %. Lo grave es que, merced a subestimar la inflación, se viene defraudando a los tenedores de deuda ajustable por CER, en su mayoría argentinos y la ANSES. Y, reflejamente, al inflar el crecimiento se dilapidan fondos públicos obsequiando ajustes impropios —no contemplados por la ley de creación— a los cupones ajustables por PBI.

Veamos tres vías simples de análisis para comprobar la falsedad de las tasas de crecimiento publicitadas.

En primer lugar, toda expansión de la actividad económica debe reflejarse en la recaudación del IVA colectado por la DGI. Como lo recolectado por el impuesto al Valor Agregado resulta de las variaciones en precios y cantidades de toda la economía, refleja la evolución nominal del PBI. Si descontamos, entonces, la inflación real del crecimiento nominal de la recaudación debiéramos arribar al crecimiento en términos reales de la actividad —es decir, en unidades.

La ventaja de este procedimiento para testear las estadísticas de actividad publicadas por el gobierno es que los registros de recaudación son mucho más difíciles de alterar. Durante el año pasado lo recaudado por la DGI en concepto de IVA aumentó 24,9 % interanual.

Si a esa tasa le descontásemos cualquiera de las mediciones de inflación efectuadas por fuentes privadas —aún las más condescendientes con la óptica oficial— arribaríamos a un crecimiento de la economía notoriamente más modesto que el informado por el INDEC y por algunas firmas profesionales.

Cabe aclarar que, si nos referimos al mismo período de diez meses sobre los cuales el INDEC ha difundido su registro de crecimiento y tomáramos los registros de recaudación a octubre, el resultado sería aún menor, pues el IVA DGI había acumulado una suba de apenas 22,6 %.

Podemos recurrir a otro procedimiento objetivo de testeo: el consumo de energía, que constituye un *proxy* mucho más confiable a la marcha de la actividad económica que los números del INDEC.

Según la medición de Fundelec (Fundación para el Desarrollo Eléctrico), el consumo de energía eléctrica medido en watts/hora durante 2010 creció 5,9 % respecto al año previo; y en los diez primeros meses del año fue 5,4 % superior al registrado en el mismo período de 2009. Como se ve, ambos registros están bien distantes de las tasas chinas a las que habríamos supuestamente crecido.

En lo que hace al mes de octubre, la demanda neta total del mercado eléctrico mayorista fue 8560,8 Gwh para todo el país, lo que implica un aumento interanual de apenas 1,7 % contra el cuasichino 7,2 % de supuesto crecimiento informado por el INDEC para ese mes.

Salvo en enero, agosto y diciembre, en 2010 la demanda eléctrica nunca creció por encima de 7 %.

Por último, correspondería hacer una prueba de consistencia sobre las elevadas tasas de crecimiento anunciadas por algunas fuentes privadas, casi idénticas a las publicitadas por el INDEC. Apenas iniciemos ese análisis surge evidente que tales tasas son incongruentes con las tasas de inflación informadas por esas mismas firmas —mucho más elevadas que las del INDEC.

Esto significa que, si se toma la inflación y el crecimiento registrados por estas firmas, el crecimiento del PBI nominal debiera ser muy superior al relevado por el organismo estadístico oficial.

Que la inflación oficial es una fantasía, a nadie le caben dudas. Y que la economía argentina creció en 2010, es muy cierto. Pero que crecimos a tasas chinas, es cuento. Lo que no es cuento es que el mecanismo de defraudar a unos —bonos ajustables por inflación— es negocio para otros —cupones ajustables por PBI. Cuento chino, negocio chino.

Secciones del Informe completo

- ❖ Cómo de perfilan las candidaturas
- ❖ Cae el superávit comercial
Peligra uno de los ejes centrales del esquema K
- ❖ Licencias no automáticas
La herramienta maestra para el superávit K
- ❖ Comercio con Brasil
Con o sin Roussef, condenados al déficit estructural

sigue

- ❖ Fuertes limitaciones al crecimiento
Sin incorporaciones de bienes de capital y sin empleo
- ❖ Déficit en las cuentas públicas
Aún con aportes extraordinarios